»San Pablo, se presentaba cada dia, por mañana y tarde á »ejercer su ministerio, y á ofrecer muchas veces las mismas »víctimas, las cuales no pueden jamás quitar los pecados, Este, »habiendo realizado una Redencion eterna por medio de un »solo sacrificio, ofrecido una vez por los pecados, y sentado »por siempre á la diestra de Dios, aguardando entre tanto lo »que resta, que sus enemigos sean puestos por estrado de »sus pies (1).»

¡Qué grandeza y que disposicion! ¿Y si esto nos supera no es en amor y en sabiduría? ¿Y no es precisamente este el carácter de Dios? ¿Y dónde debe mostrarse mas este carácter que en la revelacion del mismo Dios?

Digo la revelacíon del mismo Dios, porque en ninguna parte, en efecto, este gran Dios de la Naturaleza, de la Conciencia y de la Providencia, que la humanidad ha solicitado siempre que se mostrara, para aplacar la sed que tenia de conocerle y entrar con él en una relacion personal que colmase el abismo de alejamiento y de desgracia que la separaba de él, no ha respondido á su criatura por medio de los rayos de sus atributos mas brillantes, y al mismo tiempo mas acomodados á nuestra debilidad, que lo que lo hace por este inmisterio trasparente de la Cruz.

¡Que es en efecto, la creencia en el misterio de la Cruz!

Es creer que Dios es tan *Santo*, que la mancha del pecado no puede desaparecer á su vista sino lavada en la sangre de un Dios; es creer que Dios es tan *Justo*, que su justicia no puede contentarse sino con una satisfaccion infinita, y *no perdonó* (ó no escluyó para ello) *á su propio Hijo* (2); es creer que Dios es tan *Grande*, que no puede ser enteramente honrado sino por medio de una víctima tan escelente y tan grande como El mismo; es creer que Dios es tan *Poderoso*, que en el

(1) *A los Hebreos* X, 12, 13.
(2) *A los Romanos*, VIII, 32.

mas profundo aniquilamiento de esta víctima, puede someterle todo el universo y domar el Infierno por medio de una Cruz; es creer que Dios es tan *Bueno*, que amó al mundo hasta la muerte, y muerte de cruz; es creer, en fin, que Dios es tan *Sabio*, que solo en el Sacrificio de la Cruz encontró así el secreto de unir y de conciliar á la vez, en su infinidad, su Santidad, su Justicia, su Poder, su Bondad, su Sabiduría; de poner toda su Divinidad en relacion con nuestra debilidad sin abrumarla; de trasformar nuestra naturaleza sin destruirla; humillarla sin bajeza, elevarla sin orgullo, inspirarle la confianza mas filial en medio de sus estravíos, y el mas saludable temor en la cumbre de sus perfecciones. «Poniendo, como dice perfectamente Montesquieu, entre el juez y el criminal un gran Mediador, entre el Justo y el Mediador un gran Juez, nos lleva sin cesar del arrepentimiento al amor, y del amor al arrepentimiento,» y reforma de esta suerte al hombre y á la sociedad de los hombres por medio de todos los grandes y fecundos principios de justicia, de santidad, de caridad, de responsabilidad, de solidaridad y de libertad que fluyen incesantemente sobre el mundo de lo alto de la Cruz.

Y lo maravilloso en esta sublime Accion, es que todos los atributos con que se manifiesta en ella el mismo Dios, no solamente no se perjudican, sino que se favorecen unos á otros y se miden, por decirlo asi, recíprocamente, llegando á ser la medida de todas las cosas. Asi, la Santidad y la Justicia, con su exigencia infinita, nos dan la medida del Amor infinito que les satisface. ¡Cuánto no resalta este Amor sobre ese fondo formidable de Santidad y de Justicia que se desahogan sobre la Víctima y cuanto no les hace resaltar á su vez por el rigor de esta inmolacion!

Pero en esta gran tragedia de la Cruz, parece haberle tocado representar la parte mas importante al Amor. De todos los estados en que se nos ha mostrado Dios en Jesucristo, es

aquel en el que ha querido permanecer presente siempre á nosotros.

Asi, pues, ha querido que viésemos siempre en el al *Crucificado*; crucificado por nosotros, Redentor y Salvador nuestro. Ha permanecido en cierto modo sobre la Cruz, para poder decir á todas las generaciones que se suceden á sus pies, y sobre las que El se inclina: «O vosotros todos los que pasais por este camino, mirad y ved si hay un dolor igual al mio (1); un amor igual á mi amor.»

Celoso de todos los falsos amores que nos degradan, ha querido dominarlos desde toda la elevacion del suyo, y aventajarlos en el corazon del hombre.

De todas las espresiones del amor, la mas victoriosa es la de la muerte. «Ponedme como un sello en vuestro corazon, »dice el celestial Esposo, en el Cantar de los cantares, por»que el amor es fuerte como la muerte, el celo del amor es in»flexible como el infierno, y su antorcha es llama y fuego (2).» Y en su Evangelio, con aquella sencillez mas persuasiva en su boca que todo el lujo de las espresiones, vuelve á decirnos: «Nadie tiene amor mas grande que el que da su vida por sus amigos (3).» «Y como amaba de esta suerte á los suyos, los amó hasta el fin (4)»

¡Y aun si hubiera muerte por los justos! pero murió por los pecadores, por sus enemigos; inmolóse por los culpables, y por ello, su amor no tiene rival: «Porque, como escribia San Pablo »á los Romanos, apenas hay quien quiera morir por un justo; »tal vez se hallaria quien tuviera valor de dar su vida por un »bienhechor; pero lo que hace brillar mas el amor de Dios hácia »nosotros es que entonces mismo, cuando eramos aun pecado»res, fue cuando al tiempo señalado, murió Cristo por nos»otros (1).»

(1) Jeremías, *Thren.*, I, 32.
(2) *Cant, cant.* VIII, 6.
(3) S. Juan, XV, 13.
(4) S. Juan, XIII, 1.

Y finalmente, lo que pone el colmo á esto, es que el que murió así, no debia morir; el padecimiento y la muerte le eran estraños, como el pecado que es su autor. Cuando morimos voluntariamente, no hacemos mas que anticipar la muerte por algunos instantes, y no damos en cierto modo, sino lo que no tenemos. Pero en el Hijo de Dios, el Inmortal se hizo mortal para poder morir; el Santo se hizo del linage del pecador, para expiar el pecado. Para mostrar el inmenso amor que tenia por nosotros, quiso, no ya enviarnos, á nosotros míseros gusanos, un Angel, un Serafin de su corte celestial, sino darse á Sí mismo, derramar su sangre, su vida, su último aliento, en tan gran aniquilamiento é ignominia, que pudo decir, El, Rey de gloria, cuya hermosura hace las delicias del cielo: «Soy un gusano y no un hombre.» ¡Oh amor! ¡Oh estupor!

¿Y por qué parece locura este amor que nos profesa Jesucristo? Las palabras de San Pablo que no pude leer un dia sin emocion á los pies de uno de esos grandes crucifijos que hay á la entrada del coro de nuestras iglesias campestres, van á decírnoslo: «Cristo murió por todos para que los que viven no »vivan ya para sí, sino para el que murió y resucitó por »ellos (2).»

Hé aquí el fin de toda sabiduría; hé aquí la última palabra del Cristianismo y el desenlace de toda su economía: ¡*vivir para Dios*! lo cual es vivir para la verdad, para la justicia, para la belleza, el órden, la felicidad, la vida, para todo aquello para que somos hechos y que buscamos y nos falta fuera de Dios. Para esto vino á la tierra la VIDA misma que hay en Dios: «He venido para que ellos tengan vida, ha dicho el Verbo

(1) A los Romanos, V, 7, 8.
(2) II *A los Corintios*, V, 15.

de la vida, y para que la tengan superabundantemente (1).»
Para rescatarnos esta vida divina que habiamos perdido, murió por nuestra vida humana. Para sacarnos del falso y vil amor de nosotros mismos y de las criaturas por el amor mas verdadero y mas noble, es por lo que *El que nos amó el primero*, nos ha dado este supremo y decisivo testimonio de amarnos, no obstante ser Dios, hasta la muerte, y muerte de Cruz. Ha hecho de nuestro supremo interés cuestion de generosidad, de honor, de amor. Nos ha tomado por lo mas noble que hay en nosotros para sacarnos de lo que hay mas vil, y ¡cuán justificado ha sido este divino procedimiento por el atractivo que no ha cesado de ejercer en toda alma grande de toda condicion! Es decisivo sobre todo en las almas nuevas, y eleva de un golpe las almas mas reacias á las mas delicadas y sublimes virtudes. Esto es, con la gracia que viene á vivificar estos buenos sentimientos de nuestra naturaleza, lo que constituye de la Cruz de Jesucristo un talisman de civilizacion.

Mas nosotros no vemos la Cruz sino al través de nuestra propia locura y le imputamos esta. ¡Qué locura sin embargo, estimar esta miserable vida como la vida verdadera! Y siendo así ¡qué sabiduría en este amor, y qué amor en esta sabiduría que aparecen como locura á nuestros ojos para sacarnos de la nuestra!

Y lo estraño en esto es, que al mismo tiempo que estimamos nuestra condicion hasta no aceptar el amor que se nos da de esta suerte para sacarnos de ella, la estimamos tan poco, que la locura de este amor consiste precisamente, en nuestro concepto, en haberse prendado de nosotros en nuestra miseria, en haberse envilecido hasta esta condicion.

Pero aquí precisamente es donde resalta la sabiduría y donde brilla la virtud de este amor de Jesucristo.

¿De donde proviene, en efecto, la locura del amor humano?

(1) San Juan, X, 10.

En que se emplea en quien no lo merece. Pero el Amor divino, elevando á sí su objeto, lo hace digno de El mismo. El objeto de todo amor es lo bello, lo delicado, lo noble, lo perfecto, el bien, en una palabra, que creemos ver y hallar en lo que amamos, y que no se halla en este jamás en el grado en que nos seduce la apariencia y en que nos desengaña su vanidad. Dios por lo contrario, no ha podido prendarse de nosotros por las apariencias. Deformes, insensatos, mancillados, viles y miserables no podemos presentar á su santidad y á su justicia mas que un objeto de horror. ¿De donde proviene pues? ¡oh Dios! que nos hayais amado tanto?—Os he amado, no en lo que erais, sino en lo que podiais llegar á ser y en lo que yo queria haceros; deformes para haceros hermosos; enemigos, para haceros amigos; locos para haceros cuerdos; pobres para haceros ricos; viles para que llegarais á ser nobles; miserables para haceros felices y gloriosos.—La fuerza y alcance del Amor divino consiste en no encontrar obstáculos y en crear lo que ama amándolo. La razon de amar no está en su objeto, sino en lo que pone en este por Sí mismo. De esta suerte se transfunde en los que le son hostiles, y se hace amigos los que eran enemigos, y mas aun, hijos y herederos de su gloria. Los *convierte á Sí*.

Y esto es lo que esplica los Santos, y, proporcionalmente, tantas almas, que poseidas del amor á Jesucristo, se elevan á diversas alturas de perfeccion, la menor de las cuales es sobrenatural; que tributan á Jesucristo amor por amor, sacrificio por sacrificio, y sostienen con él esa gran lucha en que el vencido y el vencedor parecen confundirse en uno mismo ¿Y de donde les proviene la fuerza de este amor? De Dios mismo, de la Gracia de Jesucristo, de su propio Amor lanzado á nuestros corazones para ayudarnos á amarle, y para hacerse dignos amantes de sí mismo: *Deus sagittat cor amantis ut adjuvet amantem, sagittat ut faciat amantem* (1).

(1) San Agustin. *Enarr. in Psalm*, CXIX.

Hé aquí todo el objeto del Cristianismo, en el gran misterio de la Redencion por la muerte de Jesucristo: aquí está la divina razon del procedimiento de la Cruz; el amor inspirando el amor; el amor de Dios y de los hombres en Jesucristo y por Jesucristo.

El mismo lo ha dicho. He venido á poner el fuego del Amor en la tierra, ¿y qué deseo yo sino que se abrase en él? (1).

Y si es cierto que el amor sea la vida, y que la vida sea la felicidad de los séres, Jesucristo vino á traer á los hombres la felicidad misma de Dios; esa felicidad á mares que abreva á los Angeles y á los Escogidos en el cielo, y una sola de cuyas gotas embriaga el alma que se aboca á ella en la tierra.

Y si es cierto que la medida del amor sea el sacrificio, y que brille sobre todo en el deseo de morir por el objeto amado ¡qué amor tan grande no es el que revela el sacrificio de la Cruz en que la misma Belleza se ha hecho horrible, en que la vida misma ha sido destruida para hacerse amar y para darse!

¿Qué falta, pues, para que toda la humanidad sea penetrada de este amor? Que quiera serlo; lo único que no puede hacer Dios en el lugar de aquellos á quienes hizo libres para no quererlo.

Por su parte, Dios ha hecho lo que él solo podia hacer; ha abierto la fuente; ha pagado su precio, y la ha puesto á nuestra discrecion. No tenemos, pues, mas que aplicárnosla. Y por este medio el mundo esclavo ha llegado á ser el liberto de Jesucristo.

Y en esto consiste el prodigio de Aquel que, despues de habernos creado en su primer amor, despues que nos habiamos perdido incurriendo en su desgracia, y entregándonos contra él, por un monstruoso trastorno de la naturaleza de las cosas, al amor desordenado de nosotros mismos y de las criaturas, nos ha amado aun con un amor mas maravilloso que el

(1) San Lucas, XII, 49.

primer amor, viniendo al mundo á inmolarse á la Justicia de que éramos deudores insolventes, estando por siempre arruinados.

Por este medio ha redimido la raza humana y pacificado todas las cosas en el cielo y en la tierra; en el cielo, reconciliándonos con Dios; en la tierra, reconciliando al hombre con el hombre; restableciendo la paz por do quiera; esta paz por amor, que no existe en parte alguna del mundo fuera de la Cruz de Jesucristo, aun en las sociedades que persiguen su sueño con todas las luces de la civilizacion, y que florece en las playas mas salvajes en cuanto son tocadas con la cruz.

La muerte de Jesucristo purgó así la pena eterna merecida por el pecado, y encantó las penas corporales participando de ellas. El ha transformado, pues, con su amor los instrumentos en delicias, y de la misma muerte ha hecho un beneficio.

Bajo el solo punto de vista natural, ¿no es una concepcion divina el haber imaginado dar de esta suerte valor y atractivo á lo que era mas horrible y espantoso, encantar el dolor y hacer abrazar la muerte, dándole un atractivo superior á la vida, por el amor mismo de la vida?

¿Qué será, pues, haberlo hecho?

Esta sentencia de muerte que se habia pronunciado contra nosotros en un principio: *Morte morieris*, hase llevado á efecto; pero al herir á Jesucristo, ha vuelto á nosotros convertida en indulto. La naturaleza de las cosas ha continuado siendo la misma, pero ha cambiado su cualidad. La muerte ha perdido su siniestro aspecto de maldicion, como último golpe en la tierra, de una Justicia que se presentaba mas terrible aun mas allá. No es ya, pues, la pérdida de la vida sino su cambio por la que nunca termina. No nos impide, pues, la entrada en esta; antes nos introduce en ella. No es ya un salto en la sombra; es una ascension á la luz, desde que Jesucristo, quitándole su dardo, nos ha abierto las puertas del cielo. ¿Y cómo?

Ofreciéndose él mismo á su aguijon, que se ha quedado clavado en la herida que recibió en su humanidad, yendo á quebrarse contra su Divinidad. Despues de este duelo con que la amenazaba de lejos por su Profeta: «¡Oh muerte, yo he de ser la muerte tuya: seré la destruccion del infierno (1)!» podemos mofarnos de ella y decirle con San Pablo: «¡Oh muerte! ¿dónde está tu victoria? ¡Oh muerte! ¿donde está tu aguijon (2)?»

En un antiguo monumento de la tradicion hebráica, leemos estas bellas palabras: «La muerte es un beso de Dios.» Esto es lo que ha llegado á ser para todos cuantos la reciben en union con la de Jesucristo, que, quitando el pecado que los separaba, ha reconciliado el cielo con la tierra, y pacificado el universo con su Autor: «Hanse encontrado por sí juntas la Justicia y la Paz, y se han abrazado en el seno de la Misericordia (3).»

La muerte de Jesucristo es el beso de Dios.

(1) Oseas, XIII, 14.
(2) I *á los Corintios*, XV, 55.
(3) Ps. LXXXIV, 11.

IX.

EL CRISTO, DIOS CON NOSOTROS EN LA EUCARISTIA.

Esta nueva vida reclamaba un nuevo alimento. Y como se vive de lo que alimenta, para *vivir para Dios*, era preciso alimentarse de Dios. La forma de este alimento debia participar de la forma con que se nos habia dado la vida sobrenatural á que debia alimentar; en su consecuencia, debia ser visible y sensible como el sacrificio del cuerpo y de la sangre de Jesucristo que nos habia dado á luz á aquella en la cruz; debia ser este mismo sacrificio, este cuerpo y esta sangre mismas transformadas y apropiadas á este divino alimento. Véase el fenómeno de la maternidad; apenas nace el niño á la vida, al desgarrarse el seno que lo ha llevado, cuando el mismo seno y la misma sangre que fueron la sustancia interior de su formacion, constituyen en lo esterior el pecho en que se fija y la leche que fluye, para alimentar de otra suerte la vida que recibió. Los mismos elementos de donde ha sido sacado su ser, se transforman para convertirse en los de su lactacion. Hé aquí la Eucaristia, misterio de gracia, así como la maternidad es un misterio de naturaleza. Es una lactacion divina. «Como »niños recien nacidos, sed avidos de leche, para que, por »este celestial alimento, crezcais en la vida de la gracia (1).»

Nuestro orgullo, mas que una razon muy ilustrada, repugna esta creencia. Es suficiente creer que Dios se haya

(1) Introito de la misa del primer domingo despues de Pascuas.